

## **Amor y muerte en la *Iliada* de Homero (Homero, Alfonso Reyes, Rubén Bonifaz Nuño)**

Paola VIANELLO DE CÓRDOVA

### *Dos vidas paralelas*

Alfonso Reyes y Rubén Bonifaz Nuño: dos traductores mexicanos de la *Iliada* de Homero. Sorprenden, en ellos, las numerosas coincidencias, aunque será menester señalar, en tono menor, también sus diferencias. Podrá resultar interesante.

Hombres enérgicos los dos, y ambiciosos. Intelectuales y cultos, de cultura amplia, vivaz, siempre en movimiento, acumulativa hasta volverse erudición, y creativa. Poetas, literatos y críticos muy finos los dos. Humanistas en el sentido más amplio del término, porque se han interesado en los temas y problemas del hombre y han tratado de liberar de las cadenas de la ignorancia y de dignificar con un conocimiento reflexivo a sus contemporáneos, abriéndoles los cofres del legado del pasado y proporcionándoles instrumentos para su comprensión, y humanistas porque han cultivado las *humanae litterae*. Maestros y educadores laicos, los dos, que han tenido la capacidad y el tesón de promover la cultura y las instituciones culturales en el ámbito público, abierto a todos y expuesto a la criba del juicio razonado, crítico y transformador; máxime el cultivo de los estudios clásicos de la antigüedad griega y romana que, antes, en el ambiente de los seminarios, tenía un olor de incienso santificador aun cuando se tratara de manifestaciones y expresiones de un mundo precris-

Su intervención se titula “La optimación de Héctor: la *inventio* filológica”. Tiene la palabra la Dra. Gaos.

La doctora Paola Vianello Tessarotto es doctora en Letras Clásicas por la Universidad de Roma, Italia, con Posdoctorado en Arqueología. Es investigadora de tiempo completo en el Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas. El área de su especialidad es: lengua y literatura griegas. Ha publicado varios volúmenes en la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana. También imparte clases, a nivel de licenciatura y de posgrado, en el Departamento de Letras Clásicas de la Facultad de Filosofía y Letras.

Su intervención se titula “Amor y muerte en la *Ilíada* de Homero (Homero, Alfonso Reyes, Rubén Bonifaz Nuño)”. Tiene la palabra la doctora Vianello.

El doctor Pedro C. Tapia Zúñiga es licenciado y maestro en Letras Clásicas por la Universidad Nacional Autónoma de México y doctor en Filosofía por la Universidad de Heidelberg, Alemania. Es investigador de tiempo completo en el Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas. El área de su especialidad es: lengua y literatura griegas. Ha publicado varios volúmenes en la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana. También imparte clases, a nivel de licenciatura y de posgrado, en el Departamento de Letras Clásicas de la Facultad de Filosofía y Letras.

Su intervención se titula “Rubén Bonifaz Nuño: de Virgilio a Homero”. Tiene la palabra el doctor Tapia.

A quienes participaron en este acto, gracias por su participación.

A los asistentes, gracias por su asistencia.

A Rubén Bonifaz Nuño, gracias por su fecunda generosidad en el campo de la filología clásica.

José TAPIA ZÚÑIGA

COORDINADOR DEL CENTRO DE ESTUDIOS CLÁSICOS

tiano. Ambos nacionalistas y orgullosos de sus raíces, pero abiertos a la conquista de mundos culturales ajenos, con el fin de enriquecer aquéllas con una nueva savia.

Dijo alguna vez Alfonso Reyes que quería el latín para las izquierdas, destruyendo el monopolio que sobre aquella lengua ejercían, de manera censoria y muy a menudo obtusa y cultural y académicamente conservadora, la jerarquía de la Iglesia Católica y sus acólitos o monacillos. Parece decir ahora Rubén Bonifaz Nuño que, con su traducción de la *Ilíada* de Homero, entrega Héctor a los mexicanos. “Para pueblos como el mexicano, ese modelo [heroico] se alumbra incomparablemente con el Priá-mida. Para nosotros, en la condición de ese hombre, en su voluntad de resistir con honor, se enraiza la lección moral manifiesta en el poema.” (p. XXXI)

Y todavía, entre las semejanzas más particulares y cálidas, tenemos en los dos estudiosos y poetas, ambos miembros de El Colegio Nacional, por un lado, el gusto auténtico por los libros, que han acopiado casi con codicia, pero cuya consulta han facilitado generosamente a los aficionados y a quienes los necesitaban, y por otro lado, la admiración y hasta la fascinación por el género femenino, que han manifestado a través de galanteos poéticos y respetuosos, ya infelizmente perdidos en este tormentoso fin de siglo.

Entre las diferencias que se marcan entre Alfonso Reyes y Rubén Bonifaz Nuño están las del carácter: más tranquilo y sosegado el primero, más sentimental e impulsivo el segundo, si bien los dos responden, al final, a los dictados de la razón pura y práctica. Las de la vida y de sus avatares: viajero y más internacional el primero; más sedentario y enraizado en la cultura indígena el segundo. Y en cuanto a la antigüedad clásica grecolatina, dedicado desde el principio y amante casi exclusivamente de la cultura griega, el primero, quien estudió aquel mundo con una mirada histórica; y, por decirlo así, tráfuga del latín para remontarse a los griegos, después de una larga frecuentación admirada, gozosa y simpática de los mayores poetas latinos, el se-

gundo, quien se ha interesado en particular por el fenómeno de la creación poética y por los sentimientos de los autores.

El primero, debido al deterioro de su salud, no logró terminar su traducción de la *Ilíada* en versos alejandrinos y llegó hasta el verso 143 del canto X, mientras que el segundo puede considerarse vencedor en la contienda al haber publicado, gracias a su voluntad de acero, los veinticuatro cantos del poema, que consta de aproximadamente dieciseis mil versos.

### *El amor*

El sentimiento amoroso o, a secas, el amor, es una ventana a través de la cual el poeta mira hacia el mundo o a la cual se asoma para descubrirlo y comprenderlo, o bien, si queremos, un espejo, donde se refleja el poeta y traductor Rubén Bonifaz Nuño. Así él da cuenta de sí a sí mismo, cada vez distinto, cada vez habiendo transcurrido más tiempo en este mundo entreverado de pasiones, cada vez más experimentado y fuerte en el juego de aquéllas conforme la vida avanza hacia su cenit, cada vez más experimentado y débil conforme la vida de su cenit se va nuevamente apartando.

Amor ha sido una constante en la obra de Rubén Bonifaz Nuño como traductor de los clásicos, una constante más o menos abarcadora que él ha reconocido como condición humana y como condición de sí mismo en tanto que hombre, si bien no siempre querida, antes bien a menudo odiada y sufrida. Incluso en una obra como las *Geórgicas* de Virgilio él recuerda que “Orfeo cantó su dolor llamando de continuo a su esposa perdida” (p. XXXV), y en su introducción a las *Bucólicas* comenta, recordando el célebre verso “Todo lo vence Amor, y a Amor cedamos nosotros” (X.69), que amor es “algo negativo, dañino y pernicioso” al que él condena, junto con Virgilio, en tanto que “opuesto al ideal de libertad”, pero del cual reconoce la fuerza al nombrarlo reiteradamente: “...el amor demencia, el amor placer



que arrebatada, el amor que tuerce los rectos sentidos del espíritu, el amor que coarta y encarcela y sujeta e impide el desarrollo armonioso de las potencias del hombre; el amor concupiscente, en fin...” (p. XII). En los versos que cantan el amor infeliz de Dido, en la *Eneida*, nuestro traductor está intensamente emocionado y la traducción fluye con una facilidad que parecería negar la autoría ajena del texto. “Se quema Dido infeliz, y vaga por toda / la urbe, furente, como, arrojada la saeta, la cierva / incauta, a quien, de lejos, acertó entre los bosques cretenses / el pastor [...] empieza a hablar, y a la mitad de su voz se detiene; / ahora, al resbalar del día, procura los mismos convivios, / y, demente, oír de nuevo los trabajos ilíacos / suplica, y de la boca del que narra pende de nuevo.[...] se acuesta. Ausente, no sólo oye sino también ve al ausente; / o a Ascanio en el regazo, de la imagen del padre cautiva, / detiene, como si engañar al amor infando pudiera.” (IV, 68 ss.). En fin, ¿para qué recordar, muy en particular, las traducciones de Catulo, de Propertio y de Ovidio, poetas labrados por el cincel de Amor? ¿O la presencia cósmica de Amor en el poema de Lucrecio, cuando éste cantó y Bonifaz Nuño tradujo: “...para ti la tierra artífice suaves / flores hace brotar; para ti ríen las llanuras del ponto / y aplacado el cielo con difusa lumbre refulge...” ( *De la naturaleza*, I, 7-9) ?

Por ello, tal vez, esta sensibilidad de Rubén Bonifaz Nuño para el amor fatal (¿marcado acaso por sus hados personales?) aparece también en su recepción de la *Ilíada* homérica, un poema de la guerra por antonomasia, aunque no un canto a la guerra, sino un canto a la brevedad y a la excelencia, al valor y al dolor de la vida humana.

Sí, Bonifaz Nuño lee el amor también en la belicosa *Ilíada*. Es ése un aspecto original de la exégesis de nuestro traductor, que encontramos en general soslayado en los modernos estudios sobre el poema<sup>1</sup> y que, sin embargo, en la obra tiene su pequeño,

---

<sup>1</sup> Hacen excepción, que yo sepa, únicamente W. Kullmann, *Die Quellen der Ilias*, 1960, p.250 s. y O. Lendle, en *A&A*, 1968, pp. 63-71.

pero significativo espacio, tanto en el desarrollo de la trama (cantos III y XIV) como en el marco mismo del poema, ya que por el amor adúltero de Helena y Paris y, aún antes, por la victoria de la diosa Afrodita en el certamen de belleza con Hera y Atenea, se originó el escenario de la guerra (cf. significativamente el canto XXIV, 25-30).

Se trata de amor, en un poema ¿qué es: espejo o ventana? Independientemente de que pueda ser lo primero, cierto es que la *Iliada* se abre también como ventana al amor (amor sexual bajo el poder divino de Afrodita, amor de la carne, como reiteradamente aparece en la versión rítmica del canto XIV),<sup>2</sup> así como a tantos otros aspectos y valores de la vida humana que merecían ser consignados y transmitidos allí, en esa especie de “enciclopedia tribal”, según E. A. Havelock ha definido el poema,<sup>3</sup> que es depositaria de las viejas tradiciones, la sabiduría y la historia mítica del pueblo griego.

En la rapsodia III y en la XIV, en particular, se encuentran los episodios de Helena y Paris-Alejandro, y de Zeus y Hera, respec-

---

<sup>2</sup> Cf. vv. 162-4: “ir hacia el Ida, habiéndose adornado bien ella misma, / por si acaso él [Zeus] deseara, en el amor, dormir cerca de su carne...”; 170-1: “Con ambrosía, primero, de la carne deseable (ἀπὸ χροῶς ἱμερόεντος) / lavó toda mancha, y se ungió con untuoso aceite / ambrosíaco, grato, que para ella perfumado se había...”; 214-7 (descripción del cinto de Afrodita cedido a Hera): “Dijo, y de su pecho soltó la bordada correa / variada, donde todos sus encantos puestos le estaban: / allí, el amor; allí, el deseo; allí, el coito de conyuges, / la seducción que el juicio robó aun de quienes piensan en firme.”; 271-6 (palabras de Hipnos, el Sueño, a Hera): “...júrame ahora [...] / que en verdad a la más joven me donarás de las Gracias, / Pasitea, a quien yo mismo codicio todos los días.”; 294-6: “[Zeus] En cuanto la vio [a Hera], la pasión le envolvió las sólidas mentes, / como cuando por vez primera en el amor se mezclaron, / yendo a la cama escapando a sus padres queridos.”; 346-51: “Dijo, y el hijo de Cronos apretó a la esposa en sus brazos, / y bajo ellos el suelo divino hizo crecer césped nuevo / y loto húmedo de rocío, y azafrán y jacinto / denso y tierno, que los alzaban del suelo a lo alto. / Sobre esto se acostaron, y encima una nube extendieron / bella, de oro, y de claro rocío cafan las gotas.”

Naturalmente, en la *Iliada* existen también otras formas de amor: el amor filial, el amor de los padres, el amor conyugal, el amor a la gloria y el amor a la vida, que es inseparable del humano destino de muerte.

<sup>3</sup> Cf. *Preface to Plato*, Harvard Univ. Press, Cambridge, Mass., 1968, cap. IV.

tivamente, que están enmarcados en la esfera de ejercicio del poder de Afrodita, la diosa del amor sexual, y que presentan también aspectos tradicionales, formularios, los cuales remiten a lejanas representaciones de la *hierogamia* o matrimonio sagrado. Pero, más allá de la simbología ritual de la boda y del coito, descarnificada en la *Ilíada* y sujeta a otras funciones muy pragmáticas, ya que los episodios o bien dan un nuevo giro al desarrollo de la acción (canto XIV, que se ha supuesto injustamente interpolado) o bien presentan antiguas figuras míticas con un nuevo rostro (como la bella Helena en el canto III), nos encontramos con una reactualización de aquella escena tópica de cópula divina que ahora, en la *Ilíada*, está narrada con una voz poética original y sensible, cómplice y partícipe.

El aedo Homero se preocupa por defender a Helena y librarla de toda culpa (ante Príamo, ella muestra añoranza por su primer esposo, su niña tiernamente amada y la querida gente de su edad en Esparta; a Paris le muestra su desprecio y su enojo y le reprocha su cobardía en el campo de batalla, y su rabia y enojo llegan a ofender inclusive a la diosa Afrodita). Paris, en cambio, es presentado como el amante fervoroso que, alejado de las fatigas bélicas, sólo desea gozar de su hermosa mujer por la que se originó el fatal conflicto, y no parece presentar mayor interés para el poeta Homero.

Pero para Rubén Bonifaz traductor es diverso. Antes, Alfonso Reyes pintaba frívolamente el “gandul” de Paris “guerrero de opereta y de chiripa” y cantaba alegremente a sus propios amores bajo la inspiración de Helena en dos de sus sonetos de *Homero en Cuernavaca* (1948-51); ahora, Bonifaz Nuño se enciende con Paris y lo describe en su introducción al poema con trazos abundantes y muy coloridos: “A Paris, inclinado al ocio, al placer otorgado por los sentidos, al goce brindado por la comodidad individual, no lo tentaba el señorío sobre los pueblos; hombre valiente y osado, pero no sabedor de la alegría del combate...carecía de interés por el vencimiento de otros; en cambio, por su índole delicada, concupiscente, egoísta y sensual, Afrodita le

ofreció la que le era más codiciable: *el óptimo de los placeres elevado a su cima.*” (p. XIII)<sup>4</sup>, o: “Es claro que un hombre así tuvo que preferir la lujuria...” (p. XVI), y más adelante, en relación con el episodio señalado del canto tercero, comenta: “Paris, en lugar de sentirse humillado, disfruta el inaplacable deseo de copularse con la mujer” (p. XVIII). Helena, en cambio, es vista más bien como un objeto y sólo con los ojos del deseo: “Helena, esa cumbre de todos los placeres concebibles” (p. XVIII) y “esa mujer donde su sensualidad [la de Paris] descubre a cada momento el acto de todas sus potencias” (p. XVIII), una fervorosa apreciación que Bonifaz relaciona con aquel pasaje en el cual Paris-Alejandro se niega a devolver Helena a su antiguo esposo, diciendo tan sólo: “No daré a la mujer” (VII. 362).

Así, la fascinación que Homero suscita en nuestro poeta-exegeta lleva a Rubén Bonifaz Nuño a remontarse hasta el juicio de Paris sobre la belleza de las tres diosas: Hera, Atenea y Afrodita, que aparece sólo aludido pero, quizá, de manera significativa (pues las dos diosas primeras son las instigadoras de la guerra troyana), justo al final del poema, en el canto de los funerales de Héctor (XXIV, 25-30)<sup>5</sup> y que, en la introducción del libro, se muestra con destellos de alta prosa. Escribe Bonifaz: “Entonces, frente a él, *las tres depusieron la túnica.* Imposible tarea, *para el que se hundía absorto por el deslumbramiento,* la de discernir cuál de ellas habría de alzarse con la victoria, merecida en verdad por la *perfecta belleza* de cada una” y “...a su vez Afrodita, quien acaso por conocer su propia naturaleza entendía cuál era la índole de aquel juez, le prometió la unión con la más hermosa de las mujeres. *Paris le entregó la manzana de oro.*” (p. XIII). Así nomás. La escena termina aquí con esa admirable concisión del intérprete que al lector le resulta altamente alusiva

---

<sup>4</sup> Éste y los siguientes subrayados son, evidentemente, míos.

<sup>5</sup> “Entonces a todos los otros les plació, mas no a Hera / ni a Poseidón ni a la ojiglauc doncella; / mas persistían, como primero les fuera adversa Ilión sacra, / y Priamo y su pueblo, por la enajenación de Alejandro, quien ofendió a las diosas cuando a él, a su aprisco, llegaron, / y alabó a la que le procuró la luctuosa lujuria.”

y densa, para él, en desarrollos personales y que los mejores autores clásicos solían dominar a la perfección, al final de escenas importantes y efectistas.

La fantasía erótica de Rubén Bonifaz Nuño se alimenta así del mito troyano y aprovecha el momento oportuno para restituir al cuerpo femenino su fragancia en el texto (como señalamos en el canto XIV), pero la *Ilíada* es un poema de guerra, de honor, de valor y de muerte, y Rubén Bonifaz es sensible a todo ello.

### *La muerte*

La segunda mitad de la introducción a la *Ilíada* de Rubén Bonifaz Nuño, que es la constancia de su lectura puntual y sensible del poema —la lectura de un traductor fascinado—, gira en torno a la figura de Héctor, con la que Paris contrasta; de Héctor, cuya muerte anunciada permea la segunda mitad del poema, que termina con su funeral doloroso acompañado por el llanto de las mujeres que lo quisieron bien: Andrómaca, Hécuba, Helena.

Esta parte de la introducción presenta ahora otra faceta de la personalidad del intérprete, quien parece identificarse y que vibra junto con el adalid troyano. Aquél siempre es responsable ante el llamado del deber y proporciona apoyo y defensa a los seres queridos y a su gente, a su pueblo; es sensible y humano, pero es también duro —y yo diría que feroz, a veces— en medio de las luchas; está consciente de su fragilidad y de la muerte al acecho, y teme a veces, pero luego siempre se da valor y es sumamente esforzado y resiste hasta el fin.

Si la *Ilíada* es poema de la guerra, no puede no ser poema de la muerte. Hay muchas formas de morir en la *Ilíada* —alrededor de treinta, se ha dicho—, pero no es esto lo que interesa. Lo que interesa es el significado de la muerte: lo que ésta representa para el que la enfrenta, lo que ésta deja para sus seres queridos, para aquellos que de él, vivo, dependen. Es evidente que, en este caso, la muerte de Héctor es sin duda alguna lo que los griegos llama-

ban “la bella muerte”. Una muerte que valía bien la pena enfrentar para que los poetas, y los oradores después, la hicieran objeto de celebración entre los hombres.

Bonifaz Nuño compara a Héctor con el héroe de la resistencia mexicana, Cuauhtémoc, (p. XXXI) y parece ofrecerlo a manera de ejemplo, como antes decíamos, para los mexicanos. Héctor se ofrenda a la patria en peligro para salvarla y, al salvarla (una piadosa ilusión, porque está dicho que sólo él puede hacerlo, en tanto que vivo), para morir bellamente. Es éste de la “bella muerte”, de la muerte en el frente de batalla, un tema recurrente entre los antiguos griegos, que los epitafios, los discursos fúnebres públicos de la Atenas clásica exaltan y que Príamo ilustra en la *Ilíada* (XXII,71-3) y luego celebran, por ejemplo, los poetas Tirteo y Simónides de Ceos, que han sido traducidos por Bonifaz Nuño en su *Antología de la Lírica Griega* publicada en la colección Nuestros Clásicos de la UNAM. Pero la “bella muerte” en batalla, en tiempos de paz, es una metáfora que equivale a “resistencia”. Una resistencia esforzada y tenaz –en la defensa de los propios valores culturales nacionales, por ejemplo, o de las propias riquezas naturales, según parece vislumbrarse entre las líneas del texto introductorio de nuestro exegeta– que ennoblece la vida y garantiza una “bella muerte”, como lo fueron la muerte de Héctor y, después, en México, la de Cuauhtémoc.

\* \* \*

La *Ilíada* es un mosaico increíblemente polícromo de experiencias y de modos de vida, de sentimientos y de valores, y con certeza hay en ella más que el amor y la muerte, que acompañan la vida humana y la ciñen. Pero estas vivencias, nos parece –y la introducción del libro nos sirve de guía–, son las que Rubén Bonifaz Nuño ha sentido que le pertenecían más. Por ello, las hemos considerado aquí, pretendiendo ser fieles a la sensibilidad y a los intereses morales del traductor y exegeta. Y por ello hemos dejado de lado el tenaz presentimiento de muerte (otra

“bella muerte” anunciada) que acompaña al joven e impulsivo Aquiles, cuya capacidad de compasión e indulgencia, al final del poema (canto XXIV), no parece conmover a Bonifaz Nuño; del mismo modo que no lo motivan el arrepentimiento de Helena y su rebeldía ante Afrodita. Ni el dolor recurrente de los padres de Héctor o la reprimida y sumisa ternura de Andrómaca —esposa del caudillo troyano— agrietan la firmeza y resistencia de los modernos ideales de Bonifaz, como tampoco habían logrado agrietar, en el poema, la determinación heroica de Héctor.

En fin, ésta es la *Ilíada* que Rubén Bonifaz nos entrega. Una *Ilíada* de amor y de muerte: de amor fatal que es causa de males y es lujuria luctuosa (XXIV, 30: *μαχλοσύνην ἀλεγεινήν*), y de bella muerte que es entrega gloriosa y lección moral para los hombres venideros y, en particular, para los mexicanos.

Ésta es mi contribución en el homenaje al poeta-traductor del poeta-autor del “más bello poema que he leído jamás”, según confesó el mismo Rubén Bonifaz Nuño en 1952, al reseñar precisamente la traducción de la *Ilíada* de Alfonso Reyes. Una forma de manifestarle mi admiración y mi gratitud por la ayuda generosa que me brindó en mis primeros trabajos de traducción del griego. Sea, pues, ésta, una invitación a leer la *Ilíada* de Homero traducida por Rubén Bonifaz Nuño, en este homenaje nacional que se le rinde y al que con mucho placer me sumo.

P.D. Ahora leamos algunos pasajes de los episodios de Afrodita, Helena y Paris (el amor), en el canto III tantas veces mencionado (vv. 389-450), y del duelo final entre Héctor y Aquiles (la muerte), en la rapsodia XXII (vv. 297-316 y 330-367) de la *Ilíada* de Homero, en traducción de Rubén Bonifaz Nuño.\*

---

\* En el homenaje se dio lectura, tanto en el original en griego, como en la versión rítmica de Rubén Bonifaz Nuño, de los pasajes citados.